

BADULAQUES, SOLDADOS, NEGROS, GITANOS ...Y FLAMENCOS. LA POESÍA POPULAR Y EL ORIGEN DEL TÉRMINO *FLAMENCO*

ANTONIO ZOIDO
Fundación Machado

Entre el romance y los cantes flamencos existen relaciones muy estrechas, y creo que bastantes más de las que aparecen en ese árbol escolástico o heráldico que pretende explicar la genealogía de los *palos*; en la hondura melódica de las *soleás* puede adivinarse todavía el cansino ritmo de los cantos *carolingios* que salen a flote en todo su esplendor cuando alborea la fiesta de la boda gitana. Sin ser conscientes de ello, las voces de los *cantaores* desgranar aún muchas estrofas que la fragilidad de la memoria desgajó de un *corpus* inmenso y que convirtieron en coplas independientes las veleidades de las modas.

Indudablemente existe una estrecha y honda relación entre el romancero y el cante *hondo*. Pero, además, cuanto más nos adentramos en los vericuetos históricos de *lo flamenco*, o sea, en el magma sociológico que produjo el fenómeno, más se deja ver la importancia que pueden tener algunas expresiones poéticas del arte menor para descubrir sus *zizgags*.

Quizás en los romances—sobre todo en los más populares— y en las piezas de *tonadillas*, teatrales o de ciegos, haya claves que descifren incógnitas sobre el origen y los primeros pasos de composiciones musicales y de danza que, aunque hayan perdido su partida de nacimiento, hoy se configuran como un fenómeno de similar importancia al del jazz.

Desde instancias académicas se ha dicho y escrito con cierta frecuencia—quizás con demasiada— que los romances desaparecieron—o casi— de la sociedad española en el siglo XVIII; pero ya nos advertía don Julio Caro Baroja, de que:

la eliminación de los romances vulgares, “Blind Beggar Ballads”, es algo que llevan a cabo *in limine* casi todos los historiadores de la Literatura al estudiar materia tan importante como el *Romancero* español y de los otros géneros de cordel ni siquiera hablan¹.

Si logramos salvar ese obstáculo, nos encontraremos con que—al menos en Andalucía— los romances no sólo no habían desaparecido sino que hasta podían ser consuetudinarios en medio del *Siglo de las luces*. Por ejemplo, las estrictas ordenanzas del colegio sevillano de los *Niños Toribios*—fundado a principios del Setecientos— permitían a sus alumnos cantar en los recreos aunque no

1. Julio Caro Baroja, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Revista de Occidente, 1969, p. 28.

en tono de lo que llaman *corridos* o *romances* porque estas canciones rústicas suelen ser las más frecuentadas por la gente licenciosa en sus ruidosos festejos y los héroes que tienen por objeto son en lo común hombres viciosos, inquietos y alborotadores².

Así que no es verdad que el XVIII andaluz hubiera olvidado el romancero sino más bien que sus cantos habían pasado a ser considerados incorrectos por las mentes de orden, ya que otras—las gentes licenciosas— los sacaban a relucir” en ruidosos festejos”. Un literato ilustrado, el coronel José Cadalso, nos lo corrobora: “ya sabía yo leer un romance y tocar unas seguidillas; ¿para qué necesita más un caballero?”, hace decir en sus *Cartas marruecas* al señorito de la serranía de Ronda, prototipo de los guerreros nobles de antaño³.

Pero, por el polo opuesto, en el sainete *El soldado fanfarrón*, del gaditano Juan Ignacio González del Castillo—de finales del Setecientos— también salen a relucir estos mismos gustos en individuos de estratos populares:

Soldado.— ... ¿no sabe usted
Que a Mariquilla Espejuelo
Le alargué cuatro pulgadas
La boca por eso mismo?

Tomasa. — ...
¡Caramba con estos guapos
que en diciéndoles: no quiero,
nos empiezan a cantar
los romances de Oliveros
y de Francisco Esteban...⁴

A partir de las pautas derivadas de novelas de caballería como la de *Oliveros de Castilla* y *Artús de Algarve* y de los romances caballerescos apareció, o se agrandó, la figura del valiente o guapo y se multiplicaron las composiciones con personajes de moral rufianesca, como *Bernardo el de Montijo* a propósito de cuyas hazañas se citan expresamente las del otro héroe y las de muchos más:

...lo que no hizo Oliveros,
ni Bustamante, ni Lara...⁵

2. Sobre este tema, así como sobre la fundación por Olavide de una Escuela de actores he escrito en mi libro *La prisión general de los gitanos y los orígenes del flamenco*, vol. 6, Sevilla, Biblioteca Flamenca, Portada Editorial, 1999, pp. 260 y ss.

3. José Cadalso, *Cartas Marruecas*, Barcelona, Editoriales Andaluzas Unidas, Biblioteca de la Cultura andaluza nº 70, 1986. Pág. 44.

4. Juan I. González del Castillo, *El soldado fanfarrón*, I parte, en Leopoldo Cano (ed) *Obras Completas, tomo II*. Madrid, Real Academia Española. Biblioteca selecta de clásicos españoles, 1908, p. 366.

5. *Curioso romance, en que se declaran las portentosas hazañas del valiente Bernardo del Montijo*, en José M. Vázquez Soto. Muñoz Moya y Montraveta (editores), “*Romances y coplas de ciegos en Andalucía*”, Sevilla, 1992.

Era uno de tantos romances, como ese otro⁶ citado también por González del Castillo que, basado en un personaje real, contaba las hazañas de un guapo, natural de Lucena, y muerto a manos de otro en 1705 después de mil aventuras. Uno de los escarpados parajes de sus operaciones se llamaba en aquella época *Bancos de Flandes*; quizás una casualidad, o quizás no, para lo que vendrá a continuación.

Estas relaciones formaron un *corpus* importante; los protagonistas son siempre bravos –muchas veces soldados ocasionales o permanentes– que van de ciudad en ciudad, y de pelea en pelea. Incluso se escriben las hazañas de uno de éstos que resulta ser una mujer, *Doña Teresa de Llanos*, o las de otro, un negro –*El valiente Negro en Flandes*– del que se narra cómo luchando allí logra apresar nada más y nada menos que al mismo Guillermo de Orange. Nada mejor que este *pudding* para probar –leyéndolo– su importancia también para colectivos que buscaban un agujero por el que salir de la infamia⁷.

Los Países Bajos fueron uno de los campos de batalla preferidos por estos prototipos populares del verso octosílabo, y allí se encuentra el escenario principal de la composición titulada *Nueva relación y curioso romance que trata de las hazañas del famoso Vadulaque, natural de la gran Ciudad de Xauxa*⁸. Se trata de un romance impreso en Sevilla en la segunda mitad del XVIII⁹ y escrito por una pluma culta –don Julio Caro Baroja nos da muchos nombres de escritores de la época metidos en estos berenjenales¹⁰–, dada la exacta medida de los versos y las precisas referencias a la mitología griega o a la poesía latina clásica; en realidad, es una burla a un tipo de soldado que entonces debía ser muy frecuente: ese *miles gloriosus* o soldado fanfarrón del sainetero González del Castillo que, a falta de guerras de verdad, se inventaba hazañas pasadas, que no podían volver, para amenazar con repetir las.

Badulaque, después de recorrer medio mundo, recalca en Flandes para salvar a su amigo Chiquisnaque, sacándolo de la cárcel:

Yo al momento echando mano
A el acero relumbrante,
Me planté en medio de todos
Diciendo, viles, cobardes...

6. Francisco de Saavedra, *Los decenios* (autobiografía de un sevillano de la Ilustración). Transcripción, introducción y notas por Francisco Morales Padrón. Índices, Inmaculada Franco Idígoras. Colección Clásicos Sevillanos nº 10. Ayuntamiento de Sevilla. Sevilla 1985. Pág. 53. El mismo Saavedra, alto cargo de la administración de Carlos III y de sus sucesores, tenía orígenes flamencos lo mismo que gran parte de los maestrantes sevillanos y muchos navieros de Cádiz. A lo mejor, por eso, resalta el topónimo.

7. "Relación El valiente negro en Flandes, En *Romances y coplas*. Op. Cit.

8. *Ibidem*. Julio Caro Baroja no lo menciona en su *Ensayo sobre la literatura de cordel* aunque si nos da noticia, a propósito de otro titulado *La isla de Jauja*, de esta recurrencia, viejo tema folclórico ilustrado por Bruegel el Viejo en un cuadro y un grabado.

9. En el pie de página se consigna que ha sido editado en Sevilla por la Imprenta Real de la Viuda de Diego López de Haro, en la calle Génova. Francisco Escudero y Perosso, nos dice que en 1720 los herederos de Tomás L. De Haro habían trasladado el negocio paterno a dicha calle donde editan como Imprenta Real de Diego L. De Haro hasta 1752 en el que aparece el nombre de su viuda. Cfr. Francisco Escudero y Perosso, *Tipografía Hispalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla*. Sevilla, 1999 (Colección Clásicos Sevillanos, Ayuntamiento de Sevilla, nº 18), pp. 44 y 48.

10. Julio Caro Baroja. *Ibidem*....p. 179.

...ya corto piernas, ya muslos,
ya cabezas, ya gaznates...

Las hazañas en Flandes, sin embargo, ya no podían tener lugar en el XVIII dado que, a principios de ese siglo, Felipe V había abandonado aquellos territorios y que, cuarenta años después, su hijo, el rey Fernando VI, tras de asentar la dinastía en el reino de *las dos Sicilias* decidía retirar todos los ejércitos españoles de Europa¹¹.

Los famosos tercios, convertidos en regimientos peninsulares o americanos, siguieron luciendo sus nombres anteriores. En los años que rondan la medianía del siglo encontramos al de Flandes acuartelado en la sevillana Puerta de Triana, y el Marqués de Tablantes nos relata una pelea entre uno de sus soldados y un cura en la plaza de toros de la Maestranza que pudo acabar en motín¹². En la bahía de Cádiz existía una aglomeración aun mayor de militares, provenientes de muchos países y alistados por dinero o por la fuerza. Seguramente como nuestro *Vadulaque*.

Para el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* las acepciones de *badulaque* son, por un lado ‘afeite antiguo’ y, por otra, ‘persona de poca razón’ y en varios países hispanoamericanos, ‘pícaro, bellaco, informal, embustero’. Mi maestro de escuela usaba con nosotros esa palabra para llamarnos “majaderos”, el mismo significado que le da el *Diccionario* de María Moliner. Corominas, por su lado, bascula asimismo entre las dos acepciones pero también para él es sinónimo de ‘torpe, cerrado, zafio’... cuando se refiere a una persona. Es evidente que la primera acepción nada tiene que ver con la segunda, con la que resulta, incluso, contrapuesta y estoy convencido de que en las acepciones peyorativas es una variante de otra palabra muy distinta pero muy usada entonces: *balduque*.

Balduque no es, en principio, más que la castellanización de la ciudad holandesa de *Bois le Duc* que en los siglos XVI y XVII dio a España, y a Andalucía en concreto, muchos ciudadanos—entre ellos el escultor Roque Balduque— a los que, como en otros casos (Francés, Japón...), se les añadía al nombre de pila el del lugar de procedencia. Pero, además de a las personas, el nombre de *balduque* o *bolduque* se aplicó del mismo modo a objetos producidos en aquella ciudad, como cintas para legajos o cuchillos. En *Las guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, ya tenemos una mención a estos puñales flamencos de Balduque.

El calificativo de *flamenco*, referido a esas armas blancas, comenzamos a encontrarlo con relativa frecuencia por los años medianos del siglo XVIII. El *cuchillo flamenco* o *el flamenco*, a secas, aparece tanto en bandos y normativas que lo prohíben como en obras de teatro y recitado escritas para divertir. En éstas, el arma corta de individuos pendencieros recibe muchos nombres: *alfiler*, *chisme*, *lezna*, *herramienta*... Todos los saca a relucir, por ejemplo, González del Castillo en el sainete mencionado para ir desgranando su argumento. Pero en el momento álgido de la agresión, la acusadora usa, lógicamente, el que debía impresionar más:

11. Antonio Zoido, *La prisión general...* Op. Cit. Pp. 94 y ss.

12. Ricardo de Rojas y Solís, Marqués de Tablantes, *Anales de la plaza de toros de Sevilla*. Sevilla, edición facsimilar de la de 1917 de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 1988, p. 87.

Cabo.- Señores: ¡qué ha sido esto...
 Juana.- El melitar [*sic*] que sacó,
 Para mi esposo, un flamenco
 Soldado.- Ni un francés, ni un italiano
 He sacado yo...¹³

La acepción de *flamenco*, *bolduque* o *balduque* debió pasar del arma a las personas que la portaban o que adoptaban comportamientos fanfarrones propios del navajero o guapo, como pasó también de las cintas de tela al buhonero que las vendía. Precisamente eso es lo que se desprende de los versos de otro romance, *Relación burlesca. El Doctor de los Embustes y Bachiller de Trapazas*, donde el protagonista –que siempre juega con el doble sentido de las palabras– va pasando de oficio en oficio hasta acabar en el de carterista o descuidero:

Di en ser paseante en corte,
 Lindo oficio si durara,
 Donde con los que unos sienten,
 Otros linda vida pasan.
 Fui tan cortés entre todos,
 Que a los Flamencos quitaba
 A medio día el sombrero,
 Y a media noche las capas...¹⁴

A lo largo del romance no hay señal de que se trate de un gentilicio; los flamencos a los que *el Doctor de los Embustes* roba son como el último peldaño de una escala delictiva llena de dificultades, precisamente porque éstos debían de llevar una vida tan airada como la suya. Curiosamente, en el pormenorizado *Diario de viaje a España. 1799-1800* de Wilhelm von Humboldt, éste nos dice que en Cádiz había una calle llamada del Flamenco borracho¹⁵.

Pero aquellos flamencos del siglo XVIII saldrán también a relucir entonces por otra característica: eran individuos que hablaban un lenguaje propio. En otro sainete de González del Castillo, *El lugareño en Cádiz*, se presenta una estampa de la plaza principal de la ciudad, la de San Juan de Dios, llena de gente del hampa: un ciego que canta un romance acompañándose de una guitarra, un falso tullido, un aguador, un calesero y soldados desocupados. El autor, para llamar la atención del público con su doble intención, hace decir al rústico que ha llegado a ella:

Válgame Dios, ¡que zuidad (*sic*)!
 tan jermosa. Aquí hay flamencos,

13. Juan I. González del Castillo, *El soldado fanfarrón*, I parte en *Obras Completas, tomo II*. Op. Cit. p. 377.

14. *Relación burlesca El doctor de los embustes y bachiller de Trapazas*, en *Romances y coplas...Op. Cit.* En la misma colección encontramos otro - editado sobre la medianía del siglo XVIII y, seguramente con anterioridad al que cito- con el mismo texto y título diferente: *Romance gracioso y entretenido en el que se refiere la vida, y muerte de un pícaro, padre de la chanza, e hijo de embuste, anzuelo de capas, gavlán de sombreros, ganzúa de escritorios, y llave maestra de cerraduras. Compuesto por el doctor Mosquito, y pasado por los bancos de la real de España, y aprobado por la chusma.*

15. Wilhelm von Humboldt, *Diario de viaje a España 1799-1800*, Edición y traducción de Miguel Ángel Vega, Madrid, Editorial Cátedra, 1998, p. 175.

moros y otras mil naciones
que al hablar parecen perros...¹⁶

Ese habla a la que hace referencia el sainetero, con conexiones con el caló, el caló mismo o una mezcla (quizás el caló espúreo del que nos hablaría Borrow), pasaría a ser el lenguaje de los flamencos andaluces. En una tonadilla, *el Tío Conejo*, un poco posterior pero con raíces en González del Castillo (el tipo, con tintes gitanoides, aparece en varias de sus obras y en una de ellas se pone la capa *a lo caló*), un personaje se vanagloria de hablar muchas jergas:

Mi comprender
El cachirulo, el morrongo...
¿mi saber hablar quitano (*sic*),
eh?

Y *Conejo* responde: “Lo mismito que un flamenco”, lo que indica que las personas de ese colectivo hablaban la lengua de los gitanos o algo parecido pero, a la vez, que gitanos y flamencos no eran todavía la misma cosa¹⁷.

Fue el misionero George Borrow, conocido en España como *Don Jorgito el de las Biblias*, el que, en medio de la misión imposible de intentar convertir a los españoles al protestantismo, decidió acercarse primero a los gitanos para comenzar por ellos y por eso nos dejó muchas noticias sobre los de su tiempo (los años en los que España accede, tarde y mal, al parlamentarismo). A él le debemos la sinonimia –parcial, en su opinión– entre *gitano* y *flamenco*, aunque la explicación posterior resultara errada de todo punto. *Don Jorgito* nos contaba, con sus prejuicios *tories*, que en “varias ciudades” llamaban *germanos* o *flamencos* a los gitanos porque, al haber venido de Alemania (*Germany*), la ignorancia de los españoles los llevaba a confundir aquel territorio con el de los Países Bajos. Probablemente no sabía que, en castellano, los vocablos ‘germán, germano y germanía’ pueden significar algo muy distinto a ‘alemán’ y que, en cuanto a Flandes y los flamencos, ocurría todo lo contrario a la ignorancia.

Sobre lo primero, Cristóbal de Chaves, en su *Relación de la cárcel de Sevilla*¹⁸, ya nos cuenta de cómo, a finales del siglo XVI, determinados presos hacían el son, o sea, llevaban el compás, de sus “cantos germanes” golpeando las rejas de la prisión con algún instrumento metálico, y Juan Hidalgo (o el mismo Cristóbal de Chaves con ese seudónimo) publicó poco después varias colecciones de *Romances de germanía*.

En cuanto a Flandes se ha de decir que era todavía, en la España del XIX, un mito muy cercano; los reyes seguían teniendo –aunque casi nominalmente– una guardia flamenca y la mitad de las familias maestrantes de Sevilla –propietarias de la plaza de toros– eran flamenca de origen. *Don Jorgito* desconocía que el nombre de Flandes estaba –como el de un paraíso perdido– en muchas de las producciones literarias populares, como hemos visto.

16. Juan I. González del Castillo, *El lugareño en Cádiz*, en *Obras Completas, tomo II*. Op. Cit. p. 56.

17. Arcadio Larrea, “Sobre el posible origen americano de algunos cantes y bailes flamencos”. En *Actas de la Reunión internacional de estudios sobre las relaciones entre la música andaluza, la hispanoamericana y el flamenco*. Publicaciones del Centro de estudios de música andaluza y de flamenco. Madrid. 1972. Págs. 89 y ss.

18. Cristóbal de Chaves. - “Relación de la cárcel de Sevilla”. En Rafael de Cózar: *Cuerda andaluza de picaros, murcios y embaucadores (Antología)*. Biblioteca de la Cultura Andaluza, vol. 33. Barcelona, 1985. Págs. 55 y 56.

Pero, aunque Borrow anduviera errado en sus reflexiones acerca del por qué en algunas ciudades de España se llamaba *flamencos* a los gitanos, su libro quizás nos ayude a esclarecer un poco más el tema que nos ocupa. Uno de sus encuentros con personajes estrambóticos es el que acontece con un gitano, soldado de Isabel II, antes guerrillero contra Napoleón¹⁹ y, en definitiva un *valiente*, al que encuentra en una venta: *Chaleco de Valdepeñas*. El militar, tan fanfarrón como los protagonistas de los sainetes y romances, se permite decir que “apenas habrá hombre o mujer en España que no haya oído hablar de Jara (su primo) y de *Chaleco*”. Cuenta a continuación sus crueldades durante la guerra y después, con mucho vino en el cuerpo, “dijo que había matado a seis hombres en duelo, y desenvainando la espada se puso a esgrimir la por la habitación.” En esos días Borrow fue a parar a la cárcel por sus predicaciones y la venta de libros sagrados. Cuando salió, nos cuenta, *Chaleco de Valdepeñas* “se presentó en casa, y al enterarse de mi contratiempo, sacó la espada y juró con imprecaciones horribles matar al primer ministro Ofalia por haberse atrevido a encarcelar a su hermano²⁰”.

Puede que el episodio, bastante novelesco por cierto, fuera algo que no sucedió realmente puesto que, como si de una leyenda becqueriana se tratara, *Chaleco de Valdepeñas* le echa el mal de ojo al criado vasco de Borrow y éste muere repentinamente al día siguiente, pero ciertamente el gitano *Chaleco* hace lo mismo que el valiente *Vadulaque* de nuestro romance. Borrow retrató, queriéndolo o sin querer, a un *flamenco* y nos transmitió su repugnancia por esa gente. El apelativo era, sin duda, todavía casi un insulto.

Sin embargo, un cuarto de siglo más tarde, Gustavo Adolfo Bécquer destacaba las actitudes flamencas del baile de *La Nena*²¹ y, criticando a la Feria de Sevilla que *hubiera* acabado con aquellas coplas en las que se pregonaban las hazañas de los valientes, llamaba flamencos a los gitanos que en una madrugada cantaban las seguiriyas del *Fillo* (un cantaor que Estébanez Calderón nos presentó en su escena *Asamblea General* vestido con raída ropa de miliciano o soldado irregular) como si fueran “sacerdotes de un culto abolido”²².

Pocos años después Julián de Zugasti, en su extensa obra *El bandolerismo*, cuenta el episodio de unos hampones que albergan en su casa a un soldado y –como si fuera algo lógico– una moza le pide que cante unas “playeritas a lo gitano” porque ella se muere por las “coplitas flamencas”²³. Es la primera vez que se llama así a ese canto o cante “de los flamencos”.

Creo que el nombre había seguido el mismo camino lógico que otros habían hecho anteriormente. Hemos aludido a cómo las músicas de la germanía eran llamadas *cantos germanes*, pero el romancero nos ha dejado otras señales en otros colectivos: por ejemplo, el romance de *La boda de los Negros* –también impreso en la segunda mitad del XVIII– nos dice que había bailes que en su origen tomaban el nombre de la nación de los bailarines.

19. Cada vez aparecen más gitanos implicados en el bando “patriótico” de la Guerra de la Independencia y en los sucesos absolutistas posteriores. He tratado el tema en mi libro *La prisión general...*

20. George Borrow.- *Los zíncali*. Traducción de Manuel Azaña. Edición de Rocío Plaza Orellana. Biblioteca flamenca, nº 5. Portada Editorial. Sevilla 1999. Págs. 182-186.

21. Gustavo Adolfo Bécquer.- “La Nena”. En Rogelio Reyes Cano.- *Sevilla en la obra de Bécquer*. Biblioteca de temas sevillanos, nº 6. Ayuntamiento de Sevilla. Sevilla 1980. Págs. 65-72.

22. Gustavo Adolfo Bécquer.- “la feria de Sevilla”. En *Obras completas*. Editorial Fecna. Barcelona 1966. Pág. 614.

23. Julián de Zugasti.- *El bandolerismo, tomo I*. Ediciones Albolafia. Diputación de Córdoba y Virgilio Márquez editor, 2ª edición. Barcelona 1983. Págs. 138-139.

...y antes de cenar empiezan
a tocar los instrumentos,
y a bailar zapateados,
minuetes a lo guineo,
y la cadena de Congo,
que es pegarse ellas con ellos²⁴.

Guinea, el Congo o Flandes daban nombre a músicas y bailes que se ejecutaban muy lejos de sus tierras. Los gitanos andaluces se quedarían con casi todos ellos y, también, con un adjetivo peyorativo que, luego, por otras circunstancias, acabaría siendo valorado.

En esta empresa seguramente tuvieron mucho que ver Carlos III, al prohibir el nombre de gitano, y Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta que, frente a la pesada poesía anterior, elevaría a los cielos la lira mínima del verso corto y, a la vez, influiría poderosamente en los folkloristas que, como *Demófilo*, recogerían aquellos cantos, hasta poco antes despreciados, como quien recoge fragmentos de “la verdadera historia del mundo”. Fue un intento romántico de cambiar las bases historiográficas de una España anclada en los argumentos de autoridad y en otros que todavía hoy siguen contribuyendo a que se mantengan muchas lagunas.

24. “Nueva relación, y curioso romance, en que se refiere la celebridad, galanteo y acaso (sic) de una Boda de Negros, que se executó en la Ciudad de El Puerto de Santa María. Sucedió el año pasado”. En *Romances y coplas...* Op. Cit.